

hermano. El pérfido embajador logró persuadir al beneventino que acudiera con tropas, si bien fué aconsejándole que exterminara á soberanos extranjeros, y á apoderarse del reino, que necesitaba tener al frente campeones robustos y no niños. Sonrió la proposición á Grimoaldo. Gundeberto fué muerto traidoramente por Garibaldo, Pertarito pudo salvarse cerca del kacan de los ávares, quien rehusó un modio de oro, á cuyo precio solicitaba Grimoaldo que le entregara su huésped, si bien insinuó al desterrado que abandonara sus Estados. Entonces Pertarito osó volver á pisar la Italia y fiarse en la generosidad de su enemigo y junto á Lodi mandó á pedirle seguridad. Este acto de confianza agradó á Grimoaldo, quien le prometió paz y comodidad; pero como viera que miraban á aquél con propicios ojos los longobardos, empezó á inspirarle recelos y determinó desembarazarse de su persona. Hizo, pues, que le cercaran soldados en el palacio que le había señalado en Pavia: pero Unulfo, su fiel criado, le disfrazó de esclavo, y fingiendo perseguirle á palos, le hizo cruzar por medio de los centinelas; habiéndole hecho bajar después desde lo alto de las murallas de la ciudad al Tesino, le llevó hasta Asti, desde donde se trasladó á Francia. Informado Grimoaldo de este piadoso fraude, perdonó á Unulfo, y contentándose con su palabra, le envió á su salvado señor.

Grimoaldo había tomado el título de rey y obligado á la hermana de sus antecesores á darle la mano de esposa. Al mismo tiempo se había granjeado la voluntad de los duques, concediéndoles tales privilegios, que les hacían casi independientes y destruían la fuerza de la monarquía. Por otra parte, siendo ya completa la conversión de los longobardos, adquiría preponderancia entre ellos el clero, y por consiguiente el pontífice romano: ahora bien, por un interés diametralmente opuesto al de los conquistadores, propendían los papas á conservar lo que estos propendían á destruir, la nacionalidad italiana. Grimoaldo, no menos valeroso con el acero en la mano que firme en sus resoluciones, mantuvo en lo interior el orden, y rechazó á los francos enviados por Clotario III, ó más bien por Ebroino, con objeto de restablecer la autoridad de Pertarito.

En su tiempo hizo el emperador Constante una tentativa todavía más enérgica para espulsar á los extranjeros de la Italia y restaurar el imperio romano (663). Habiendo equipado una escuadra en Sicilia, desembarcó en Tarento, llamó entorno del dragon á todas las guarniciones de las ciudades marítimas dependientes del imperio, y al frente de ellas se puso en marcha con dirección al ducado de Benevento, el más poderoso de los Estados longobardos. Al proponerse Grimoaldo realizar una conquista de mucha más importancia, se la había cedido á su joven hijo Romualdo, quien defendió denodadamente la ciudad contra los ataques de los sitiadores, dando de ese modo tiempo al rey para que acudiera en su socorro; y rechazado el enemi-

go hasta cerca de Formia, fué allí derrotado por Grimoaldo. Desesperado ya el emperador de recuperar la Italia se dirigió sobre Roma: á falta de haber sabido vencer á enemigos, quiso despojar á sus súbditos inermes, y saqueó todo cuanto se había libertado de las depredaciones de los bárbaros. No contento con los donativos que le ofreció el papa Vitaliano, se apoderó de todo el bronce del Panteon, llevándose hasta la techumbre, y trasladó su botín á Sicilia; pero mientras los bajeles cargados con estos despojos hacían rumbo hácia Constantinopla, fueron atacados por una escuadra musulmana, que trasportó mil objetos de arte á Alejandria, desde donde algunos quizá habían pasado en otro tiempo á Roma.

Muerto Constante á manos de un asesino (página 345), pensó Romualdo en vengarse del ataque, y á la cabeza de una banda de búlgaros, arrebató al imperio las ciudades de Bari, de Tarento, de Brindis y la provincia de Otranto, conquistas que no pudo conservar.

Estos búlgaros solicitaron y obtuvieron establecerse en la Baja Italia, mientras fueron rechazados por el rey los ávares, que llamados por Grimoaldo contra el duque de Friul, querían fijarse en el país alto.

**Pertarito.**—Su hijo Garibaldo, que le sucedió, no pudo impedir que los turbulentos duques llamaran á Pertarito del destierro para encumbrarle al trono. Las iglesias de Santa Agueda y de Santa Maria de la Pértiga (12), que erigió en Pavia, dan testimonio de su gratitud á Dios, que le había salvado de tantos peligros. Reinó quince años, amaestrado por el infortunio en el arte de no abusar de la próspera suerte.

**Cuniberto.**—Hallábase en tanto perturbado el reino por dos facciones, una propicia y otra contraria á los principes bávaros (686). Cuniberto, hijo de Pertarito, tuvo menos habilidad que él para dirigir los ánimos, y de aquí resultó que los duques de Benevento y de Espoleto sacudieran toda su dependencia. Alaquis, poderoso duque de Brescia, conspiró con Aldon y Granson, principales ciudadanos, ocupó su palacio, y le confinó en la pequeña y fuerte isla de Comacina. Pero bien pronto disgustó al obispo de Pavia y á otros señores longobardos. Cierta día, contando Alaquis monedas de oro, dejó caer una, y como la recogiera un joven de familia noble que se hallaba presente, le dijo: *Tu padre tiene muchas de éstas y no tardarán en ser mías.* Refirió el joven estas palabras á Aldon, su padre, quien previno sus proyectos, haciendo salir al rey de su retiro. Habiendo encontrado Cuniberto en la Coronata (Cornate), cerca del Ad-

(12) Este nombre procede, al decir de Pablo el Diácono, de un uso longobardo, que es el siguiente: Cuando moría alguno en lejana ribera, sus deudos levantaban pértigas, con una paloma en la punta, vuelta hácia el lado en que el difunto había terminado su existencia.

da (691), al duque de Brescia, le desafió á singular combate, á lo cual respondió Alaquis: *Es un beodo; pero tiene una robustez extraordinaria. En vida de su padre, hallándose en palacio ciertos carneros de desmesurado tamaño, los levantaba con el brazo estendido, y yo no podía hacer otro tanto.* Esta cobarde negativa le enagenó la voluntad de muchos de sus parciales, para quienes su único mérito consistía en la fuerza, y su muerte aseguró á Cuniberto la victoria y el reino.

Lo conservó por espacio de otros nueve años, trasmitiéndole luego á su hijo Luitperto (700), que fué destronado muy pronto por Ragimperto, duque de Turin (701), teniéndole prisionero Ariberto, hijo y sucesor de su rival. Reinados cortos y sucesiones borrascosas, que impedían adquirir fuerza á la monarquía. Ansprando, noble longobardo, parcial de Luitperto, había buscado un refugio entre los bávaros; posteriormente volvió á pasar con ellos los Alpes y venció á Ariberto, quien se ahogó al vadear el Tesino (712): este fué el último Agilolfingo en Italia. Cuéntase que salía disfrazado para oír lo que se decía de su persona; que se presentaba á los embajadores con desaliñado traje, con pieles comunes, no sirviéndoles nunca manjares exquisitos ni vinos de precio, á fin de no tentarles con las delicadezas italianas; pero más hubiera valido defenderlas con valerosa concordia que celar con pusilánime astucia.

**Liutprando.**—Solo duró tres meses el reinado de Ansprando, si bien se prolongó treinta y dos años el de su hijo Liutprando, quien devolvió todo su brillo á la dominación longobarda. Reprimió los levantamientos nacientes de los duques, y hasta condenó á muchos de ellos al suplicio. También quitó diferentes castillos á los bávaros, quienes quizá meditaban recuperar el poder. Se mantuvo en buena inteligencia con los francos y con los ávares, y publicó sabias leyes, encabezándolas con el título de *rey cristiano y católico de los longobardos bien amados de Dios.* Sabedor de que dos gasindos atentaban contra su vida, los convidó á una partida de caza, y desviándose con ellos aparte, les censura por sus culpables designios: quitándose en seguida las armas, les dice: *Aquí tenéis á vuestro rey; ahora haced lo que os acomode.* Vencidos por esta acción atrevida y generosa, caen á sus pies ambos, y no contento con perdonarles, les otorga mercedes. Igualmente vivió en armonía con la Iglesia, á la cual confirmó la donación ó restitución hecha por Ariberto II, de muchas propiedades en los Alpes Cotios, y se hizo propicios los devotos, mandando trasladar las reliquias de San Agustín desde Cerdeña á Pavia. Luego que hubo restablecido el orden y la obediencia, y estirpado todo germen de guerras civiles, pensó en ejecutar el proyecto de sus predecesores, espulsando á los griegos, á fin de reunir toda la Italia bajo sus leyes. Pareció que la fortuna le ofrecía ocasión de realizarlo.

Hemos dicho (cap. IX) que Leon el Isáurico pu-

blicó un edicto para prohibir el culto de las imágenes, y que Gregorio II, sucesor de Constantino (715), se había opuesto á él en calidad de tutor de las creencias sancionadas por la Iglesia. Irritado Leon, envió orden á Pablo, exarca de Rávena, de que marchara sobre Roma y depusiera al pontífice, quien en cambio fulminó escomunion en contra del emperador y escribió á los longobardos, á los venecianos, á las ciudades y á los principales duques, á fin de que permanecieran firmes en la fe, y rechazaran las innovaciones impías. Entonces se vió con cuánto fundamento pudo escribir el pontífice al mismo Leon: *Todos los occidentales tienen fijos los ojos en nuestra humildad, y nos consideran como un dios sobre la tierra.* Con efecto, los longobardos negaron el paso al ejército enemigo (728); el pueblo de Rávena se sublevó contra el iconoclasta, y en su furor asesino á la exarca en union de todos los que se habían mostrado hostiles al culto de las imágenes. Otro tanto hicieron los napolitanos, cuyo duque, Exilarato, que llegó allí para asesinar al papa, fué muerto juntamente con su hijo por los romanos, quienes se habían insurreccionado con objeto de defender en la persona del pontífice su religión y sus franquicias, espulsando de la ciudad al gobernador griego. Cunde el levantamiento en la Italia imperial de extremo á extremo: caen por tierra las estatuas del Isáurico, y hallándose la población de acuerdo en no tener nada comun con los griegos, tenidos como tiranos, despreciados por débiles, aborrecidos como herejes, se eligieron magistrados nacionales en lugar de los que venían de Constantinopla y de Rávena, y se decide que para hacer la guerra á Leon, se nombre á un emperador que tenga su residencia en Roma.

Esta era una de aquellas revoluciones que triunfan, porque son determinadas por el sentimiento de la religión y de la justicia, no por sutilezas que es incapaz de comprender el pueblo, y de que no tiene que esperar ninguna ventaja. Cada cual se arma para su defensa, apartándose de la heregia y negando el pago del impuesto; y no se derrama más sangre que la que es difícil de ahorrar en los primeros momentos de una conmoción popular que se aspira á comprimir (13).

Fué tan estraña la ambición de los papas á este movimiento espontáneo, que Gregorio II intercedió en favor de Leon (14) con la esperanza de que

(13) *Respicens ergo pius vir (el papa) profanam principis jussionem, jam contra imperatorem quasi contra hostem se armavit, renuens heresiam ejus, scribens ubique se cavere Christianos eo quod orta fuisset impietas talis. Igitur permoti omnes Pentapolenses, atque Venetiarum exercitus, contra imperatoris jussionem restiterunt, dicentes se nunquam in ejusdem pontificis condescendere necem, sed pro ejus magis defensione viriliter decertare. Liber pontificalis.* Gibbon dice que este pasaje es importante y decisivo. Sea.

(14) *Cognita imperatoris nequitia, omnis Italia con-*

volvería a la senda de la verdad. Por su solicitud la autoridad imperial fué conservada en Roma y restablecida en Nápoles, aunque adquirieron allí más fuerza las instituciones municipales, y por consiguiente la autoridad de los pontífices. Nobles, cónsules y pueblo recuperaron el derecho de intervenir en los negocios públicos, cuando se reunieron en asamblea para condenar la opinión que Leon quería imponerles. Civita-Vechia fué fortificada, y se celebró una alianza con los longobardos en nombre del ducado romano, al mismo tiempo que se conservaban las apariencias de sumisión a la persona del emperador.

Liutprando se aprovechó de estas turbulencias, y con el pretexto de favorecer la equidad y la libertad de conciencia (728) asaltó y ocupó á Rávena (15), Bolonia y la Pentápolis. Pero los venecianos, cuyos socorros reclama el papa contra los bárbaros, envían al dux Orso, quien cae sobre el rey longobardo, le bate, hace prisionero á su sobrino, y restablece en Rávena, de donde expulsa el enemigo, al eunuco Eutiquio, enviado desde Constantinopla para ejercer en esta ciudad las funciones de exarca. Había esperado Liutprando que la reciente ofensa tendría más influjo en el ánimo del pontífice que el bien de la península. Engañado en su esperanza, se irrita á causa del mal éxito de su tentativa y celebra la paz con Eutiquio, prometiendo prestarle ayuda para someter á los recalcitrantes, á condición de que le dé auxilios contra los duques de Espoleto y de Benevento, sublevados en favor de Roma. Habiendo coronado el éxito la empresa, se adelantan juntos los dos ejércitos sobre Roma, á fin de castigarla de opuestos desmanes: uno de haber desobedecido al emperador, otro de haberle permanecido fiel. Presentándose el papa en el campamento dijo á Liutprando palabras tan bondadosas, que éste se echó á las plantas del pontífice, prometiendo no causar daño á nadie. Dirigióse en unión del papa á la basílica del Vaticano, donde depositó sobre el cuerpo de los santos Apóstoles su manto real, sus brazaletes, su lorica, su puñal, su espada dorada, su corona de oro, su cruz de plata, dejándolo todo en calidad de donativo.

Así se habían reanudado las antiguas relaciones entre griegos y longobardos, si bien el emperador de Constantinopla no cesó de mortificar á los pontífices. El sirio Gregorio III (731), no menos enérgico que su antecesor, no pidió su confirmación al exarca, se opuso á los edictos que proscribían las imágenes sagradas, y exhortó arduosamente al

*silium inuit, ut sibi eligerent imperatorem et Constantinopolim ducerent; sed compescuit tale consilium pontifex, sperans conversionem principis. ANAST. BIBL.*

(15) Los de Pavia creen que Liutprando llevó entonces de Rávena á su ciudad la estatua de bronce que representaba á Antonino Pio á caballo, que llamaban el Regisol, y que fué destruida en la revolución del 1796.

emperador con el firme propósito de que los derogara. Posteriormente cuando le vió obstinarse en su error, congregó un concilio, en que por unanimidad de votos fueron escludidos de la unidad de la Iglesia aquellos que hicieran pedazos las imágenes sagradas. A fin de vengarse publicó el emperador un edicto por el cual arrancaba de la autoridad del metropolitano de Roma, y sometía á la jurisdicción del de Constantinopla, las iglesias de Nápoles, de la Calabria, de la Sicilia y de la Iliria; enseguida envió una numerosa escuadra destinada exclusivamente á asegurar el exacto cumplimiento de sus órdenes; pero una violenta tempestad la dispersó en el golfo Adriático. Abordaron á Rávena los restos de dicha escuadra con el pensamiento de entrar la ciudad á saco, aunque habiéndose apercebido de ello el pueblo por avisos que llegaron á tiempo, corrió á las armas y repelió á los griegos, cuyos buques echó á pique. Este fué el último esfuerzo tentado por los emperadores dirigido á conservar á Italia.

**Llamamiento á los francos.**—Libre el papa de este peligro, tardó muy poco en caer en otro nuevo. Efectivamente Liutprando, á quien se le había dado por colega Hildebrando, volvió á poner por obra sus antiguos proyectos, y en su consecuencia penetró en el ducado romano. Hizose allí dueño de las principales plazas y amenazaba á Roma, cuando viendo Gregorio que no había que esperar ningún medio de salvación de sus propias fuerzas, no aguardándolo tampoco por parte de los griegos, se decidió finalmente á recurrir á un príncipe bárbaro. Así fué que envió á Carlos Martel embajadores con numerosos presentes, y una carta concebida en los términos siguientes:

«Gregorio á su escelentísimo hijo el señor Carlos virrey (*subregulus*) de Francia.

«Gemimos en una profunda aflicción al ver abandonada la Iglesia por aquellos de sus hijos que deberían consagrarse á su defensa. El pequeño territorio de Rávena, único que nos quedaba el año último para subvenir al mantenimiento de los pobres y al alumbrado de la iglesia, ha sido acometido á sangre y fuego por Liutprando é Hildebrando, reyes de los longobardos. Han arruinado los dominios de San Pedro, robado el ganado que quedaba y talado hasta las cercanías de Roma. Ni siquiera de tí, escelentísimo hijo, hemos recibido hasta el presente el menor consuelo, y sabemos que en vez de pensar en poner remedio á estos males, prestas más fe á los principios que son causa de ellos, que á la verdad que esponemos á tus ojos. Rogamos al Altísimo que no te castigue por semejante pecado; más ¿no oyes por ventura las burlas de los que nos dicen: *Dónde está aquel Carlos cuya protección imploras? Venga en buen hora y salvete, si puede, de nuestras manos con sus temibles francos.* ¡Cuán inmenso dolor se apodera de nosotros al oír estas reconvenções, cuando vemos á hijos tan poderosos de la Iglesia no mover siquiera el dedo para defenderla y vengarla de sus enemigos! Bien po-

dria protegerla el príncipe de los Apóstoles armado de su poder inmenso; pero quiere probar en tiempos tan calamitosos el corazón de sus hijos. No prestes, pues, crédito á esos reyes cuando acusan como culpables á los duques de Espoleto y de Benevento: su única culpa consiste en no habernos querido atacar contra la fe el año pasado. Por lo demás obedecen plenamente á los reyes: sin embargo se les quiere despojar de su categoría y desterrarlos para subyugar á la Iglesia sin obstáculo alguno y hacerla esclava.

«Envianos uno de tus fieles servidores, incorruptible á los regalos, á las amenazas, á las promesas, que vea con sus propios ojos nuestras persecuciones, la humillación de la Iglesia, las lágrimas de los peregrinos, la ruina de nuestro pueblo, y te dé cuenta exacta de todo. Te exhortamos por el juicio de Dios y por la salvación de tu alma á socorrer la Iglesia de San Pedro y de su pueblo y á desviarte de esos pérfidos reyes. Por el Dios vivo y por las llaves de San Pedro que te envío en señal de reinado (16) apresúrate á acudir en nuestro socorro; pon en evidencia tu fe, y aumenta de esta manera el renombre que ya te has conquistado en el mundo, á fin de que el Señor te oiga también en la tribulación, de que el nombre del Dios de Jacob te proteja, y de que podamos orar contentos día y noche al Eterno por tí y por todo tu pueblo sobre el sepulcro de los santos Apóstoles Pedro y Pablo.»

Se cree que el portador de esta carta había recibido instrucciones verbales, á fin de entenderse con Carlos para hacer pasar del imperio á su persona la soberanía de Roma. Pero nada existe que corrobore esta opinión. Tuvo el papa que dirigir nuevas instancias á Carlos, quien acabó por enviar embajadores á Liutprando; pero mientras se estaba en negociaciones, murió el papa, el emperador y el mayordomo (741).

**Zacarias.**—Zacarias que fué elevado entonces á la Santa Sede, era de Santa Severina en la Magna Grecia, generoso en las dádivas y en el perdón, y autor de paz y de concordia. Habiéndose dirigido personalmente á Terni, supo inclinarse al rey longobardo, en fuerza de benevolencia y de dulzura, á prometer la restitución de las ciudades de que se había apoderado. Trasamundo, duque de Espoleto, se vió desamparado por los romanos, lo cual le impulsó á entregarse á Liutprando, quien le encerró en un monasterio. Gregorio, duque de Benevento, fué asesinado en un tumulto del pueblo, en el momento en que aspiraba á salvarse huyendo á Grecia. Liutprando donó los dos ducados á dos de sus deudos; quebrantando con posterioridad sus promesas, retuvo en su poder todas las ciudades que había ocupado, y hasta invadió nuevamen-

te el exarcado. Pero el papa se condujo con tanto acierto, que al fin logró restablecer la paz.

**Raquis.**—Cuando cesó de vivir Liutprando (744), depusieron los longobardos á Hildebrando, su colega, y tomaron por jefe á Raquis, duque de Friul. Tardó muy poco en llevar la guerra al seno del exarcado (749). De nuevo intervino el papa, y no solo le hizo renunciar á su empresa, sino que tocó hasta tal punto su alma, que sin demora fué á encerrarse en el monasterio del monte Casino, que á la sazón acababa de ser reedificado, y á donde se había retirado, muy poco tiempo antes, Carloman de Francia. También Tasia y Rotrudis, mujer e hija de Raquis, se encerraron en un claustro.

**Astolfo.**—Astolfo, hermano de Raquis, encumbrado al trono por el voto público, comenzó de nuevo las hostilidades contra los griegos, y como hábil guerrero, las condujo con tanta fortuna, que habiéndose hecho dueño en dos años de la Pentápolis y del exarcado, trasladó la capital de su reino desde Pavia á la ciudad imperial de Rávena. Refugióse en Nápoles el exarca Eutiquio (752), y fué el último que gobernó la Italia griega, donde las posesiones que aun quedaban al imperio, fueron divididas en los temas ó distritos de Sicilia y de Calabria. Al mismo tiempo los duques de Nápoles, de Gaeta, de Bari y de otras ciudades, permanecieron casi independientes, bajo la supremacía nominal del estratega de Sicilia.

**Estéban II.**—Hubo de parecer á Astolfo la posesión del exarcado motivo bastante para atribuirse todas sus dependencias, inclusa la misma Roma. En su consecuencia intimó al senado y al pueblo romano que le prestaran obediencia como soberano de Rávena, intimación que apoyó con un ejército numeroso. A fuerza de presentes y de súplicas pudo inducirle Estéban II (17), que había sucedido al papa Zacarias, á consentir en una paz de cuarenta años; pero apenas habían trascurrido cuatro meses, la rompió aquél é impuso un tributo anual á los romanos, hasta el momento en que fuera de su agrado incorporar este ducado á su reino. En un principio recurrió el papa á los ruegos, y guió en Roma una procesion, en la que, caminando en persona con los pies descalzos, llevaba en la mano una de aquellas imágenes de Cristo que no estaban hechas por mano de hombre. Cubierto el pueblo de cenizas y prorumpiendo en sollozos iba detrás de una cruz, de la cual estaba colgado el tratado de paz violado por los longobardos. Estéban envió inmediatamente al abad del monte Casino y á otros sacerdotes cerca de Astolfo para inclinarse á mejores disposiciones; pero este príncipe los trató con desden marcado, intimándoles que regresaran á sus conventos, sin volver á ver siquiera al papa. El emperador Constantino Co-

(16) *Ad regnum*; quizás indica la adquisición del reino celeste. Léese en algun texto *ad rogum*, es decir, por oracion.

(17) O III, si se cuenta á otro Estéban que fué elegido antes de éste, pero no consagrado; porque murió de apoplejia al tercer día de su eleccion.

prónimo, que en su testarudez por abolir las imágenes no había cesado de atormentar al pontífice, en virtud de cuyos buenos oficios se había conservado su autoridad en Italia, no adoptó entonces otra medida que la de enviar al silenciario Juan con cartas. El papa hizo conducir al enviado á Rávena por su propio hermano (753), encargándole suplicar de nuevo á Astolfo que consintiera al fin en ceder el exarcado á los griegos. Todas estas fueron tentativas infructuosas. Después de semejante paso continuaron todavía con más calor los armamentos y las amenazas (18). Otra vez Estéban escribió al emperador para que, según las reiteradas promesas, viniera á defender la Italia (19); pero

(18) *Fremens ut leo, pestiferas minas Romanis dirigere non desinebat, asserens omnes uno gladio jugulari, nisi suæ sese subderent ditioni.* ANAST. BIBL., *Vit. Steph.* II.

(19) *Deprecans imperialem clementiam, ut juxta id quod et sapius scripserat, cum exercitu ad tuendas has Italiae partes modis omnibus adveniret.* ANAST. BIBL.; BARONIO *ad. an.* 745; XXIII, XXV. Esto demuestra cuán

á éste le agradaba más abolir el culto de las imágenes, dar muerte á los monjes que las defendían, que la noble empresa de hacer frente á los longobardos y á los sarracenos.

**Estéban en Francia.**—¿Qué más podía hacer el papa? Acordándose de Gregorio III, recurrió á Pepino, duque de los francos, quien, prestándole más benévolo oído que lo había prestado Cárlos Martel, envió al duque Autaris y á Crodegang, obispo de Metz, á fin de invitarle á que cruzara los Alpes. Con objeto de tentar el último esfuerzo se encaminó el papa, en unión de los embajadores francos y del silenciario Juan, á la corte longobarda, sin que por eso consiguieran alterar en lo más mínimo la firme é irrevocable resolución de Astolfo. Juan regresó á Oriente sin haber alcanzado cosa alguna, y el papa emprendió su viaje con dirección á Francia, en cuyo territorio fué recibido con el sincero respeto que otorga constantemente el pueblo á la virtud perseguida.

distante se hallaba de las ideas de rebelion y de soberanía.

## CAPÍTULO XIII

### PEPINO REY.—SOBERANÍA TEMPORAL DE LOS PAPAS.

El peregrino apostólico halló cambiadas las cosas en Francia. Apenas se halló solo en el poder, por abdicacion de Carloman, Pepino el Breve, que tenía el título de mayordomo con la autoridad de rey, abrió á su hermano Grifon las puertas de su calabozo, confiriéndole honores y ducados (748); pero éste, sediento de dominacion y de venganza, impulsó á los sajones á declararse en rebeldía. Pepino les sujetó nuevamente al tributo de quinientas terneras, y Grifon buscó un refugio entre los bávaros; habiendo muerto posteriormente Odilon, su cuñado, les indujo á que le eligieran por duque, con exclusion de Tasilon, hijo del difunto. Sin embargo no tardó en caer sobre él Pepino, y después de derrotar á los bávaros, restableció á Tasilon en sus derechos paternales. Como habían celebrado alianza con Grifon los alemanes, les quitó sus principos nacionales, poniéndoles bajo el gobierno de condes francos bajo la vigilancia de enviados reales. Vanamente había intentado el papa desviar á Pepino del designio de ponerse en marcha contra Grifon y contra los bávaros: así es que cuando se vió triunfante de ellos, habló al legado Sergio de la manera siguiente: «Mentías tú cuando pretendiste, de parte de San Pedro, impedirme llevar á cabo la guerra. Se ha manifestado bien á las claras la voluntad de Dios con el laurel de la victoria, y el cielo ha decidido que los bávaros sean súbditos de la Francia:» argumento que no ha perdido jamás su peso en la balanza política.

Hecho Grifon prisionero debió la vida á las súplicas de San Bonifacio y del pontífice. Su hermano le concedió generosamente doce condados con la ciudad del Mans, si bien á poco Grifon quiso levantar nuevamente la cabeza y fué muerto en los Alpes (753). De consiguiente Pepino ya no tenía rivales: á la edad de treinta y siete años se encontraba vencedor en muchas guerras, querido del

pueblo y de los soldados por sus afables modales, y no menos del clero á quien había restituido todo lo que Cárlos Martel le había arrebatado: para ser rey solo le faltaba el nombre. Ya los francos ponían á sus actas la fecha de los años de su reinado. A él solo iban dirigidas las solicitudes ó las reclamaciones: le rodeaban todos los honores. Habían venido á ser los magnates sucesivamente sus vasallos, y se hallaban ligados respecto de su persona por el juramento de fidelidad más que por respecto de los débiles sucesores de Clodoveo.

Por otra parte la nacion, esto es, el ejército, tenía á semejanza de todos los pueblos germánicos, el derecho de elegir por rey á quien fuere de su agrado, no habiendo obedecido hasta entonces más que á una costumbre y al mérito, al escogerle entre los individuos de la raza Merovingia. Cansados los francos de esta ficcion, enviaron á Roma á Burcardo de Wurtzburgo, y á Fuldrado, abad de San Dionisio, para preguntar al papa Zacarias, de parte de los francos y de sus duques, á quien convenia dar el título de rey, si al que ejercía la autoridad realmente ó al que solo lo era de nombre. A esto respondió el papa, como hubiera podido hacerlo todo apreciador equitativo de la legitimidad, que el título de rey pertenecía al que desempeñaba las funciones inherentes á esta categoria; con lo cual el papa, lejos de usurpar un poder indebido, no hacia sino reconocer que el derecho de elegir al rey residía en la nacion (1).

(1) Véase á BOSSUET, *Defensio*, II, 34.—FENELON, *Œuvres* (Versalles) t. XXII, 584; II, 382. Parece que este hecho, callado por todos los contemporáneos, no encontró fe más que en la decadencia de los Carolingios, siglo y medio después; y que en efecto el papa no tomó parte alguna en el cambio de dinastia.